

CAPITULO VI.

SE CIERRA EL TEMPLO DE JANO EN ROMA.

Segun el testimonio de un historiador (Orosio, VI, 21), parece que el templo de Jano se cerró en Roma el año en que vino Jesucristo al mundo, y por esta señal se anunció al universo la dicha de una paz general, por expresarme así.

La costumbre de abrir el templo de esta antigua divinidad latina en tiempo de guerra, y cerrarle en tiempo de paz, se estableció bajo el reinado de Numa Pompilio, segundo rey de Roma, que le tuvo cerrado durante cuarenta y dos años que reinó: le abrió su sucesor, y no se cerró hasta el fin de la segunda guerra púnica. El emperador Augusto le cerró por la tercera vez, despues de los triunfos que consiguió de Antonio y de Cleopatra, haciendo ver así á los romanos tres veces, lo que no habian visto mas que dos en el espacio de siete siglos. Seguramente nada de esto sucedió sin disposicion particular de la Providencia, que queria señalar la aparicion del gran príncipe de la paz, con una completa tranquilidad exterior (1). (Isaías, IX, 6).

(1) Jano era en su origen una divinidad del Oriente. Los indios le llaman Ganesa, y le representan con dos caras como los romanos. Estos daban el nombre de Jano á una de las puertas de la ciudad, y los indios escriben el nombre de Ganesa encima de sus puertas. Los romanos, así como los indios, empezaban todos sus asuntos en el nombre y bajo la invocacion de Jano. Aunque el mes primitivamente consagrado á este dios

CAPITULO VII.

HISTORIA DE HERODES: SU MUERTE.

Al fin de la historia de la segunda época (1), dejamos á Herodes en el estado fatal de desconfianza y exasperacion á que se ve necesariamente reducido un viejo cruel y tiránico. La memoria de los muertos le aterraba: desconfiaba de los vivos: se sentia cruelmente atormentado de congojas y remordimientos, viéndose al fin de una vida manchada de sangre; y no buscaba su salvacion donde podia encontrar aún misericordia. La edad y las enfermedades le habian conducido al borde del sepulcro, y vivia en continua inquietud, temiendo que los suyos le precipitasen en él antes de tiempo.

Simson, cuyos anales que llegan desde la creacion hasta la destruccion de Jerusalem, me sirven de guia por los romanos fué el undécimo del año, ha prevalecido el uso de comenzarle por Enero (*Januarius*), establecido entre nosotros. (Asiatic. researches, vol. I, en el excelente tratado de William Jones, on the Gods of Greece, Itali and India). Plutarco dice en la vida de Numa, que los romanos representaban á Jano con dos caras, por aludir á dos estados diferentes de los hombres, porque este dios habia instruido y civilizado, como rey de Italia, á los latinos hasta entonces rudos y salvages. Plutarco no conocia el origen oriental de esta deidad. Así es que Jano era un símbolo de Noé, como la mayor parte de las divinidades de los antiguos. En las Indias se le representaba y se le representa aún hoy con dos caras, porque Noé miraba al mismo tiempo al mundo primitivo y al mundo nuevo que estaba destinado á repoblar.

(1) Aquí se refiere el autor á su *Historia de la religión*. (N. del T. E.)

en la cronología, afirma que la prision de Antipater se habia verificado aun antes de la prediccion del nacimiento del Bautista: por evitar confusion, he seguido tambien á dicho autor en este punto, aunque otros ponen el acontecimiento despues de la degollacion de los inocentes. Esta última opinion es mas verosímil, porque parece que Herodes no sobrevivió mucho tiempo despues de descubiertos los designios parricidas de su hijo.

Recuérdese que Herodes habia enviado embajadores á Augusto con una segunda noticia sobre las pruebas recién descubiertas contra Antipater. Sintiéndose enfermo de peligro, creyó que debia hacer nuevo testamento, en el que designó por sucesor á su hijo Antipas, que habia tenido de una cierta Cleopatra, de Jerusalem, porque las calumnias de Antipater contra sus dos hijos Arquelao y Filipo, que vivian en Roma, habian dejado violentas sospechas en el ánimo de aquel padre naturalmente receloso. Mandó en su testamento mil talentos á Augusto, quinientos á Livia, esposa de éste, é igual cantidad á algunas otras personas de la familia imperial: aseguró á sus hijos y nietos grandes sumas de dinero, pensiones ánuas y heredades, y dejó un legado cuantioso á su hermana Salomé.

Yendo cada vez á peor su enfermedad, influyó mucho en su humor, ya demasiado melancólico, y éste obró á la vez sobre la enfermedad, de suerte que no tardó en convertirse la melancolía en furor, que manifestaba con la mas leve ocasion, y que se excitó mas, ya con la idea

de que la nacion le despreciaba con maligna alegría en el estado en que se hallaba, ya con el pensamiento de que vivia aún Antipater, á quien tenia preso y no queria quitar la vida hasta recobrar bastantes fuerzas para dar un aparato imponente á esta horrible escena.

Un nuevo acontecimiento vino á aumentar el desorden de su estado físico y moral. Habia mandado erigir en varios parages de Jerusalem, algunas imágenes, que estaban prohibidas por la ley divina, porque favorecian la idolatría: entre estas imágenes habia una águila de oro, verdadera obra maestra, que colocada encima de la puerta principal del templo, causaba doble escándalo, ya porque estaba delante del lugar santo, ya porque los romanos daban culto divino á las águilas que figuraban en los estandartes de las legiones. Judas y Matías, doctores distinguidos entre los israelitas, resolvieron derribar el águila y todas las demas imágenes, y lograron infundir el mismo entusiasmo á sus muchos discípulos. El falso rumor que corria entonces sobre la muerte del tirano, con tanto mayor crédito quanto mas se deseaba su fin, favorecia la ejecucion de aquel proyecto. Los dos doctores, á la cabeza de una multitud de jóvenes, se dirigieron precipitadamente hácia el templo, arrancaron el águila, y la hicieron pedazos; y aun no habian dado cima á su temeraria empresa, cuando llegó un oficial del rey con tropas, á cuya vista huyeron los mas de los jóvenes. Quedaron cuarenta con los dos doctores, que no querian abandonar el lugar á don-

de los habia llamado el celo de la ley, y aprehendidos inmediatamente, fueron llevados con buena escolta á la presencia del rey, quien les preguntó cómo se habian atrevido á cometer un crimen semejante. Ellos respondieron sin temor y con mucha alegría, que habiéndose sacrificado por la gloria de Dios, moririan con la esperanza de alcanzar una recompensa en el cielo. Herodes los mandó llevar cargados de grillos á Jericó, en donde convocó á los principales gefes del pueblo, y concurrió él en persona. Reunidos en el anfiteatro, y no pudiendo él estar de pié por su mucha debilidad, se reclinó en una camilla, y pronunció un discurso en que se quejó amargamente de la ingratitud del pueblo, que destruia los dones que él habia hecho al templo, con el intento de insultarle, siendo así que construyendo aquel edificio magnífico á la gloria de Dios, y dotándole de ricos presentes, habia ejecutado lo que no pudieron los asmo-neos en un reinado de ciento veinticinco años. Aquellos jóvenes, temiendo su crueldad, empezaron á disculparse, y dijeron que no habian tomado ninguna parte en aquella acción que seguramente merecia castigarse. Entonces se calmó un tanto la cólera de Herodes. No obstante, destituyó al pontífice Matías de su dignidad, y la encomendó á su cuñado Jozaros ó Joazar: mandó quemar vivos á los dos doctores, Judas y Matías, y á los que habian contribuido mas á la destruccion del águila, é hizo matar los otros á flechazos. Entre tanto, su enfermedad hacia progresos visibles:

consumiale un fuego interior, y le atormentaba una comezon insoportable en todo su cuerpo, y un apetito desmedido, que aumentaba mas los dolores agudos, causados por la inflamacion de las entrañas: las piernas, acometidas de hidropesía, se le hinchaban de una manera espantosa, y le salian gusanos de los intestinos. No podia respirar sino estando de pié: todos sus miembros padecian convulsiones espasmódicas, y el aire se infestaba con su aliento y la fetidez de sus llagas. Aquí se descubre evidentemente la mano de Dios, que le castiga y quiere dar ejemplos á otros tiranos futuros, perseguidores de Cristo. Mas él no perdía la esperanza de sanar, y practicaba los remedios ordenados por los médicos, cuyas disposiciones observaba con suma docilidad. Por orden de estos, tomó los baños calientes que estaban cerca de Callirrhoe, al otro lado del Jordan: este manantial, cuyo nombre significa hermosa fuente, tiene tambien la propiedad particular de suministrar una bebida dulce y grata, aun cuando se precipite en las aguas del mar Muerto, con las cuales no se mezcla. Asimismo, le prescribieron un baño de aceite, sin duda para destruir los gusanos que ya le comian; pero estuvo á pique de morir en él. Entonces se volvió á Jericó. Luego que llegó á este lugar, convocó á todos los caudillos de Israel, bajo pena de muerte contra todos los que faltasen, y cuando estuvieron reunidos, los hizo encerrar en el circo que habia construido cerca de Jericó, al estilo de los griegos y romanos. Llamó despues á.

su hermana Salomé y á Alexas, marido de ésta, y les declaró que de todos los males que le atormentaban, el mas agudo era la idea de que su muerte no seria sentida ni llorada del pueblo. Añadió, que era deber de ellos excitar un duelo real despues de su muerte, que no consistiese solamente en apariencias exteriores y ceremonias pomposas, como sucede de ordinario en la muerte de los reyes; y que por lo tanto, debian, luego que él dejase de existir, ocultar su fallecimiento y enviar soldados al circo, que mataran á todos los caudillos de Israel. Salomé y Alexas prometieron al moribundo respetar su voluntad. Como los caudillos de Israel eran los gefes de diversas tribus, queria el rey causar con la muerte de aquellos, un duelo general en cada tribu.

En esto volvieron los embajadores que habia enviado á Roma, con la respuesta de Augusto, el cual le daba facultad para castigar á su hijo, ya con el destierro, ya con la muerte, y le participaba haber muerto violentamente Acmeo. Esta respuesta le proporcionó un consuelo; pero consuelo pasagero y digno de él. De allí á poco pidió una manzana y un cuchillo; mas acometiéndole repentinamente un dolor agudísimo, iba á meterse el cuchillo en el pecho, cuando su primo Aquiabo le detuvo el brazo, dando un grito de horror. Este grito hizo correr la voz de que habia muerto el monarca, y resonó el palacio con llantos y gemidos. Antipater que los oyó, pensó enloquecer de alegría, y creyéndose ya no solamente libre de las cadenas, sino sentado en el trono, di-

jo al carcelero que le diera libertad, y le prometió una gran recompensa; pero aquel se resistió y fué á contar al padre la conducta de su hijo. El padre, enfurecido y golpeándose la cabeza, envió orden de matar al punto á su hijo y enterrarle en el cementerio general de Hircanion. Inmediatamente hizo otro testamento, y dió á Arquelao su reino, á Antipas la Galilea y Nerea, con la dignidad de tetrarca, y á Filipo las provincias de Traconites, Gaulon, Batanea y Panias, con la misma dignidad. Legó á Salomé las ciudades de Jamnia, Asdod y Fasaelis: no se olvidó de sus demas parientes, y dejó á Augusto toda su vajilla de oro y plata, con ricas vestiduras. Exhaló el último suspiro cinco dias despues de haber mandado quitar la vida á Antipater, á los treinta y siete años de reinado. Este hombre habia gozado todas las delicias que puede ofrecer el mundo, y en este estado iba á comparecer delante del tribunal del rey de los reyes. (Jos. *Ant. jud.*, XVIII, VI, VII, VIII.— *Jos. de Bello jud.*, XXII, 7, XXIII, 1, 8).

CAPITULO VIII.

HISTORIA DE ARQUELAO, SUCESOR DE HERODES.

Salomé y su esposo se condujeron con mucha prudencia. Teniendo oculta la muerte de Herodes, fueron los dos al circo, mandaron abrir las puertas á los gefes de Israel, que estaban encerrados allí, y les participaron en nombre de Herodes, que estaban libres. Estos sin

duda se volvieron á toda prisa á su país, porque todavía le creían vivo. Mas no tardó en divulgarse por la ciudad la noticia de su muerte; y Salomé y Alexas, reuniendo en el anfiteatro las tropas que había en Jericó, se la participaron. Luego Tolomeo, ministro que había sido de Herodes, quien le había entregado su sello al morir, se adelantó y leyó á los soldados una carta del monarca difunto, que les daba gracias por su fidelidad, y les recomendaba que profesaran los mismos sentimientos á Arquelao: por último, abrió el postrer testamento de Herodes, en el que declaraba que no serian valederas sus disposiciones hasta que Augusto las aprobase. A pesar de esta cláusula, los soldados saludaron por rey á Arquelao con grandes gritos de alegría; y todos, capitanes y soldados, hacian súplicas porque Dios le tomase bajo su proteccion, y le juraban la misma obediencia y fidelidad que habían tenido á su padre. Arquelao partió á Jerusalem, é hizo enterrar con toda pompa al rey; y luego que pasaron los siete dias de duelo, que exige la costumbre del país (1), dió un gran banquete al pueblo, y despues subió vestido de blanco al templo, donde le recibió la multitud enagenada de contento. Les manifestó su gratitud por haberle mostrado tanto afecto, y no parecer preocupados contra él por las crueldades de su padre: les declaró que no queria aceptar aún ni el título ni la corona de rey con que le brindaba la

(1) "Se llora á un muerto durante siete dias," dice el hijo de Sirach. (Ecl., XXII, 13).

tropa de Jericó, hasta que Augusto ratificase la última voluntad de aquel: añadió, que en cuanto recibiese esta ratificacion, se apresuraria á corresponder á sus favorables esperanzas, y á portarse con ellos mejor que su padre. Así condenó las faltas de un rey aborrecido. Este modo de proceder podia ofender los sentimientos de las almas delicadas; pero gustaba á la multitud porque halagaba su ódio. El pueblo se alegraba mucho de la mudanza de reinado que acababa de efectuarse, y queriendo asegurar pronto los frutos que esperaba, acosó al príncipe con una porcion de peticiones: unos exigian la abolicion de los impuestos con que su padre había gravado el comercio: otros, la reduccion de los tributos anuales; y otros, por último, que los presos de estado fuesen puestos en libertad. Arquelao prometia todo lo que le pedian, ya porque pensaba que no ejerciendo aún el mando, era preciso mostrarse complaciente, ya tambien porque se persuadia que el pueblo, apenas libre de una prolongada sujecion, queria aprovecharse de su turbacion para arrancarle unas promesas que acaso estaba decidido á no cumplir, á lo menos en gran parte. Acabada la junta, ofreció un sacrificio en el templo, y dió un banquete espléndido á sus amigos. (Jos. *Ant. jud.* XVII, VIII, 2, 4.—Jos. *de Bello Jud.*, I, XXXIII, 9, n. 1).

Los descontentos parecian sosegados con las promesas de Arquelao, cuando de allí á algunos dias se notó nueva efervescencia en el pueblo: el pretexto era la me-

moria venerada de Judas, de Matías y de los jóvenes contra quienes habia desplegado Herodes tanta crueldad por haber derribado el águila de oro, privándolos hasta del honor de ser llorados. Los descontentos dieron quejas, gritaron, é insultaron la memoria de Herodes, pidiendo venganza á Arquelao contra los que habian tenido mas valimiento con su padre, é insistiendo violentamente en la deposicion del sumo sacerdote Joazar, cuyo nombramiento injusto y arbitrario, despues de la destitucion de su predecesor, les daba una razon plausible para excitar disturbios.

Sin dificultad se concibe cuánto debió contrariar á Arquelao esta sublevacion, sobre todo en aquellas criticas circunstancias. Por una parte estaba impaciente por marchar á Roma para que Augusto le confirmara en la posesion del trono, y por otra temia dejar el campo libre á los descontentos, si se ausentaba; mas tambien si dilatava el viage para otra época, podian sus enemigos aprovechar la ocasion para intrigar contra él en Roma, donde no debia hacerle muy recomendable á Augusto su desgraciado principio en la carrera política. Envió, pues, un oficial á los descontentos para hacerlos conocer toda la gravedad de las circunstancias, y decirles que aquellos cuya muerte sentian, habian sido castigados legalmente á consecuencia de una causa: que tenia ánimo de marchar á Roma, y que á su vuelta, cuando estuviese confirmado en el mando, se pondria de acuerdo con ellos sobre las medidas que hubieran de

tomarse; y que entre tanto, debian permanecer quietos y evitar hasta la apariencia de rebelion. Los descontentos impusieron silencio al enviado de Arquelao; le recibieron á silbidos, se desataron en improperios contra él, y le amenazaron, así como á cualquier otro que se atreviese á hacerles amonestaciones, pidiendo con impetuosos bríos, venganza por aquellos cuya memoria creian honrar así.

La fiesta de pascua estaba próxima. La turba de descontentos se retiró al templo, y fijó allí su morada, no sonrojándose de pedir pan al pueblo, para pensar exclusivamente en sus proyectos de rebelion. Arquelao envió un capitan y algunas tropas con orden de comprimir el furor de los rebelados, antes que el pueblo se uniese á ellos, y aprehender á los mas sediciosos. Entonces se oyeron gritos de frenético furor: el pueblo se puso de parte de los rebeldes, y arrojó á los soldados una nube de piedras: el capitan escapó con unos pocos heridos, siéndolo él tambien. Arquelao dirigió despues tropas de infantería y caballería contra el templo, que impidieron que el pueblo de afuera penetrase en el vestíbulo, y arrojaron del lugar santo á los rebeldes: cerca de tres mil de estos cayeron acuchillados por la caballería, y los demas huyeron á las montañas. Arquelao mandó que se volvieran al punto á sus casas todos los que habian ido á Jerusalem á celebrar la fiesta. La tranquilidad exterior quedó restablecida por algun tiempo, y aprovechándose Arquelao de esta circunstancia,

emprendió su viage á Roma: encomendó la administracion del reino á su hermano Filipo, y se llevó consigo á su madre, algunos parientes, á Nicolás de Damasco, y Tolomeo, á quien Herodes habia entregado el sello al tiempo de morir: tambien le siguieron otros amigos. Su tia Salomé le acompañó con sus hijos, so pretexto de apoyarle; pero en realidad, con intento de desbaratar sus designios. Para lograrlo, contaba sin duda con su astucia y con la amistad de Livia, que ejercia grande influjo sobre su esposo Augusto, como es sabido.

CAPITULO IX.

VUELVE JESUS DE EGIPTO.

Volvamos ahora al unguido del Señor, que en su huida á Egipto es un modelo de consuelo para todos los que han sido perseguidos, despues de publicado el Evangelio en los diversos siglos del cristianismo, á causa de su nombre.

He aquí lo que refiere el evangelista San Mateo: "Mas habiendo muerto Herodes, el ángel del Señor se apareció en sueños á José en Egipto, diciendo: levántate y toma al niño y á su madre, y vete á tierra de Israel, porque han muerto los que buscaban la vida del niño. Levantándose José, tomó al niño y á su madre, y se fué á la tierra de Israel. Mas sabiendo que reinaba Arquelao en Judea en lugar de su padre, Herodes,

temió ir allí; y advertido en sueños, se retiró á la parte de Galilea, y fué á habitar una ciudad que se llama Nazareth, para que se cumpliese lo que dijeron los profetas: porque se llamará Nazareno. (San Mateo, II, 19 á 23).

No hallamos en ningun profeta, que el Mesías debia llamarse Nazareno; por lo cual se cree que los profetas que le habian llamado *Netzer* (Isaias, XI, 1 y LIII, 2, Jeremias, XXIII, 5), que quiere decir en lengua hebrea, arbusto ó vástago florido, habian aludido á su residencia futura de Nazareth, y que esta ciudad debia acaso su nombre á la fertilidad de sus alrededores. Encontramos muchos ejemplos de esta riqueza de expresiones proféticas; pero no citaré mas que uno solo, porque tiene grande analogía con el de que se trata aquí. El profeta Zacarías (III, 8, VI, 12) llama al Mesías *Zemah*, que tiene la misma significacion que la palabra *Netzer* (un arbusto ó un retoño florido); pero que significa tambien el Oriente. No podemos dudar, que Zacarías profetizando despues de Isaias y Jeremias, los cuales llaman *Netzer* al Mesías, pensaria en el sentido, que dichos profetas habian dado á aquella palabra; pero la prueba de que pensó tambien en el otro sentido de la voz *Zemah*, es que el padre de San Juan Bautista, aludiendo á la prediccion del profeta Zacarías, llama al Mesías el Oriente de lo alto. (San Lucas, I, 78).

Una antigua tradicion (piadosa por su origen, si es cierta) refiere que los ídolos de Egipto caian hechos pe-